bilidad? Basta para ello tener presente que toda la humanidad, en todos sus indivíduos, es un *solo cuerpo*. Lo que era fisiológicamente en el único hombre, del cual salió, convirtiéndose en muchos, lo es, sin cesar moralmente en todos estos. Es una estension de la unidad. Toda la humanidad cayó en el primer Adan, que la contenia. Toda la humanidad fué levantada por el segundo Adan, que asumióla: JESUCRISTO. ¿Levantada cómo? Por su Sacrificio. «Pues como por el pecado de uno solo cayeron todos los hombres en condenacion, así tambien por la justicia de uno solo, todos los hombres irán en justificacion (1).» *Uno solo en Todos*, sea por la culpa, sea por la reparacion.

La dificultad solo estriba en esto: que el culpable y la víctima son distintos. Son pues, diferentes como miembros, mas no como cuerpo; son diferentes como sujeto, mas no como naturaleza. En cada uno de ellos la propia humanidad es la que pecó y espía. Porque si bien JESUCRISTO no cometió personalmente pecado y fué la santidad misma, adaptándose la humanidad pecadora, «Dios, á aquel que no habia conocido pecado, le hizo pecado por nosotros, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en El (2).» Háse sacado la espiacion de entre los culpables: es mas que un miembro el que sacrifica; es el Jefe.

Sin embargo, la eficacia del sacrificio pende de una condicion que cumple su razon moral y hace desaparecer sus últimas dificultades, condicion que solo aparece bien realizada en el sacrificio de JESUCRISTO: y es que este divino sacrificio del jefe sea adecuado á todos los miembros, por medio de la participacion de estos en su rigor. «Es menester que sufran con El para ser glorificados con El (3).» En su consecuencia, los

(1) *A los Romanos*, v, 18.
(2) *Segunda á los Corintios*, v, 21.
(3) *A los Romanos*, VIII, 17.

verdaderos culpables no quedan exentos de la espiacion por la del inocente; son gratificados tan solo con los méritos que esta les comunica, y por tanto estas dos espiaciones no constituyen mas que una. Así como El se hizo culpable por la *solidaridad* de su naturaleza que tomó en sí, ellos quedaron justificados por la *reversibilidad* de los méritos que imprime su espiacion á la suya. Y esta comunion de los miembros y del Jefe llega á ser entonces tal, que así como estos méritos faltarian sin El á su sacrificio, faltaria para ellos algo á sus padecimientos, por grandes que fueran, si ellos no unieran á estos los suyos. En este sentido cada uno puede decir entonces con el Apóstol: «Sufro en mi carne lo que falta á los sufrimientos del Cristo (1).»

Hé aquí la gran mira que hace desaparecer lo que pudiera chocar á primera vista en este misterio de la *Sustitucion*, constitutivo del sacrificio: la unidad de nuestra naturaleza *social*.

Esta unidad habia perecido en el mundo antiguo, arrastrando en la multiplicidad que era su ruina aun los sacrificios que solo conservaban de ella simulacros y restos. El efecto de la reparacion, por medio del único verdadero Sacrificio, era rehacer la humanidad, y conducirla mas alla de la naturaleza humana hasta la unidad divina, como lo declaró la adorable Víctima en el momento de aquel gran Sacrificio que iba á consumarlo todo en esta suprema unidad: «Padre, viene la »hora; glorifica á tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique á Tí. »Como le has dado el poder sobre toda carne, para que todo »lo que le diste á El les dé á ellos vida eterna, para que *Todos* »*sean Uno en nosotros, como nosotros somos Uno* (2); *y para* »*que de tantas ovejas sea hecho un solo rebaño y un solo*

(1) *A los Colosenses*, I, 24.
(2) San Juan, XVII, 1-21.

»*Pastor* (1)»—¿Cómo?—Porque *ha dado su vida* por sus ovejas; da en alimento y en manjar este cuerpo que ha entregado y esta sangre que ha vertido por nosotros, á fin de que, «aun cuando muchos, seamos un solo Cuerpo, por nuestra participacion en un solo Pan, y por nuestra comunion en una sola Víctima (2).»

Tal era el sentido oculto en la institucion universal de los sacrificios que conmemoraban la promesa, y figuraban el cumplimiento del único verdadero Sacrificio. Tal es la razon primera de esta sustitucion que era su ley, considerada en el *Como*.

Y ahora, *¿Por qué* esta sustitucion de una víctima inocente á los culpables que debe redimir?

Hélo aquí:

Estos, los verdaderos culpables, cuya culpabilidad, como acabamos de ver, asume esta víctima inocente para purgarla ¿dónde hubieran podido encontrar con qué redimirse? Infestados por el mal, ¿cómo hubieran podido encontrar en sí el mérito suficiente para ello?

Expiar es redimir la culpa por medio de la pena. Así, en todos nuestros códigos, la culpa y la pena se equilibran en gravedad. Entonces se considera que el culpable ha quedado libre por la pena, y rehecho por el mérito adquirido que reportó del castigo aceptado. Pero aun en nuestros mismos códigos, hay dos crimenes inespiables á los ojos de la sociedad, que no tiene, sin embargo, al parecer el derecho de ser hasta tal punto inexorable.

Entonces el culpable no vuelve de la pena capital ó perpétua que cae sobre él. No está solo penado, sino, por decirlo así, condenado y ¡cosa horrible! su arrepentimiento, su

(1) San Juan x, 16.
(2) *A los Romanos*, X, 16, 17 y 18.

regreso mismo á la virtud, de nada sirven. Perdonado por Dios, no lo es por los hombres.

Y es que hay crímenes, que juzgando las cosas tan solo por su medida natural, no se pueden efectivamente expiar, es decir, no hallan en el culpable con que constituir un mérito igual á la enormidad de aquellos.

La medida del crímen prescribe la de su reparacion. Pues bien, esta medida se deduce del sujeto ofendido. De aquí proviene que todo atentado contra la vida humana, aunque no llegue á consumarse, se castiga con la vida humana.

Mas cuando el crímen traspasa esta proporcion ó toda proporcion; cuando es infinito por la grandeza del ofendido, ¿cómo podria el culpable hallar en sí el modo de espiarlo, es decir, de igualar la reparacion á la ofensa?

Pues bien. Tal es el crímen de Lesa-Divinidad.

Nos formamos de Dios una idea falsa, porque la amoldamos en cierto modo á nuestro interés, mas que á la verdad.

Pues bien: realmente Dios es el Sér infinito en todas las perfecciones. Es la bondad infinita, y por consecuencia, perdona infinitamente al arrepentido que le implora. Mas no es menos la Justicia infinita, y por lo tanto quiere una infinita reparacion.

¿En qué consistirá entonces su Bondad? ¿En perdonar sin reparacion, es decir, sin justicia? ¿En faltar, por consiguiente, á esta? Entonces dejaria de ser Dios. Consistirá, pues, en hallar en su Santidad, infinita como su Justicia y su Bondad, el medio de satisfacer á las dos; á la Justicia expiando, y á la Bondad perdonando.

El culpable, esto es, el hombre es quien deberia suministrar esta expiacion. Pero precisamente por lo mismo que la debe, no la puede suministrar. Su degradacion le ha empobrecido hasta tal punto, que necesita una plena misericordia. Pero el

ofendido, Dios, no puede dejar de querer una plena justicia. «¡Qué idea de una justicia superior á nuestros pensamientos, se presenta á nuestro entendimiento! esclama d'Aguesseau. La justicia es lo que conviene á la naturaleza de cada sér. A la de Dios convenia que el crímen del hombre fuese castigado; á la del hombre convenia ser salvado por un puro efecto de la bondad de Dios.»

Sumergidos como estamos en la culpa, y tragándola como el agua, solo comprendemos la conveniencia de ser perdonados por el derecho, en cierta manera, de nuestra debilidad y de nuestra impotencia. Pero si estuviéramos tambien penetrados de la santidad infinita de Dios, comprenderíamos el agravio que aquella le ha inferido, y lo conveniente que es para su justicia una satisfaccion que la repare.

Tales son, pues, las dos conveniencias que se trata de reconciliar rigurosa y absolutamente.

Para esto, hubiera sido necesario poder encontrar una inocencia que no tenemos, y ¡qué inocencia! puesto que debía reparar una ofensa infinita, como la santidad de su objeto, el mismo Dios.

De ahí el buscar esta inocencia en todas las víctimas de los sacrificios.

Mas ¿cómo encontrarla en lo que se refiere á la humanidad culpable? Dios solo podia proveer á esto. Sólo Dios podia darnos con qué satisfacer esta deuda infinita, que nosotros solo podiamos acrecentar y jamás estinguir.

Exigirla de nosotros, hubiera sido ponernos en desacuerdo con su Bondad; perdonárnosla, hubiera sido ponerse en desacuerdo con su Justicia.

Hé aquí la solucion:

De tal modo amó Dios al Mundo, que le dió á su Hijo Unico (1); única víctima que podia corresponder á la expiacion

(1) San Juan, III, 16.

que reclamaba la ofensa, por ser igual al ofendido. Este propio Hijo se ofreció, haciéndose uno con su Padre en el ardor del afecto y de la justicia. *Sacrificio y ofrenda no quisiste*, dijo, HEME AQUI. Aunque Hijo de Dios, voy á hacerme hijo del hombre. Voy á asumir la *solidaridad* de todos los pecados de la humana naturaleza, tomándola, y por la *reversibilidad* de los méritos infinitos que mi naturaleza divina hará producir á mi sacrificio, le daré con qué poder expiarlos. Satisfecha de esta suerte la justicia, dejará libre curso á la Bondad, por esta sola inmolacion que manifestará infinitamente la una y la otra, y el mundo será salvado.

Hé aquí lo que la práctica universal de los sacrificios tenia originariamente por objeto significar, sobre la fe de la promesa empeñada. Hé aquí el por qué de esta institucion y de todos los caractéres misteriosos que habia conservado en todas partes, así como esencialmente de la imputacion de la culpabilidad humana á una víctima la mas inocente, real ó simbólica, que se pudiera encontrar.

Hé aquí lo que atestigua universalmente á JESUCRISTO, desde el orígen del mundo, y lo que lo atestigua doblemente: primero, por la similitud, que lo significaba; despues, por la insuficiencia, que lo reclamaba. «Porque es preciso observar, dice un doctor, que la misma multiplicidad de los antiguos sacrificios atestiguaba que ninguno de ellos era bastante suficiente, haciendo que se deseara otro tanto el único sacrificio suficiente.»

Así, á pesar de toda la sangre de sus sacrificios, los Antiguos creian que eran *inexpiables*, no solo los grandes crímenes, sino tambien todo pecado en sí mismo. «La mancha del alma, decía Ciceron, no puede desaparecer con el tiempo, y todos los rios del mundo no podrian lavarla.» *Anima labes nec diuturnitate evanescere, nec annibus ullis elui potest* (1).

(1) *De legibus*, III, 10.

Era preciso que la sangre se convirtiera en una fuente inagotable de purificacion en el seno de la humanidad, «que ha pacificado todo lo existente, en la tierra y en los cielos (1);» era necesario «este rio que tiene la celestial propiedad de lavar la tierra, el mar, los astros, el mundo entero: *terra, pontus, astra, mundus, hoc lavantur flumine* (2).»

Hé aquí la Víctima que atestiguaban los antiguos sacrificios, á la vez por medio de la multiplicidad y de la insuficiencia de sus víctimas.

Este sacramento, dice San Agustin, este sacrificio, este pontífice, este Dios, que debia nacer de la mujer, todas las cosas sagradas y místicas contenidas en los ritos que nuestros padres practicaban, fueron similitudes de su advenimiento, á fin de que toda criatura manifestara de algun modo con actos al *Unico* que debia venir, y en quien debia ser reparada por su muerte la universalidad de las cosas. Así como, en efecto, apartándonos del único verdadero Dios, y cayendo desde su altura por el crímen de la impiedad, quedamos desunidos, diseminados y desvanecidos en la multiplicidad, divididos por la multiplicidad y sujetos á la multiplicidad de las cosas, era preciso que por la suprema voluntad del Dios misericordioso, esta misma multiplicidad reclamára el único remedio, y que retirados por él de la multiplicidad funesta, volviéramos al *Unico Bien* (3). De esta suerte el sacrificio de las víctimas y de los rebaños era en sí un sacramento. Pero en todas estas clases de sacramentos es necesario ver el único Sacrificio y la única Víctima de la Cruz. En lugar de todos los antiguos sacrificios, «reina en el dia este único Sacrificio (4).»

(1) *A los Colos.*, I, 10.
(2) Himno de la Iglesia.
(3) *De Trinitate*, lib. IV.
(4) En el libro de los Salmos.

«Ahora, pues, dice San Leon el Grande, habiendo cesado la diversidad de los sacrificios sangrientos, la única oblacion de vuestro cuerpo y de vuestra sangre ¡ Víctima Santa ! colma todas las insuficiencias de las víctimas antiguas; porque Vos sois el único verdadero Cordero de Dios que quitais los pecados del mundo. Así completais y perfeccionais en Vos los misterios universales, á fin de que asi como para cada víctima que se inmola hay un solo sacrificio, haya un solo Reino sobre todas las naciones (1).

Así, ¡cosa admirable! mas allá, como mas acá del Calvario, todo se refiere á su cumbre. Desde el origen de las cosas hasta el dia, la augusta Víctima no ha cesado de recibir los homenajes del universo: antes de su inmolacion, por la práctica universal de los sacrificios, que la reclamaba; despues de su inmolacion, por su cesacion universal, que proclama su suficiencia.

Y la coincidencia patente de la cesacion de esta costumbre tan obstinada é inveterada de los sacrificios, desde que tuvo lugar el sacrificio único de Jesucristo, corresponde sobradamente á tan bellas esplicaciones para ser fortuita. Si se vacilara en reconocer en ella, por ser sobrenatural, un *plan histórico* de los mejor concertados, hé aquí lo que abrevia toda vacilacion decidiéndola en pró: el programa de ese plan trazado de tal suerte quinientos años antes.

«Y despues de setenta semanas (de siete años), será muerto el Cristo, *y las hostias y los sacrificios quedarán abolidos*.

»Et deficiet hostia et sacrificium (2).»

Y Plinio, escribiendo á Trajano sobre los cristianos:

(1) *De Passione.*
(2) *Daniel*, cap. IX, 26, 27.

«Las víctimas ya no encuentran casi compradores.
»QUARUM ADHUC RARISSIMUS EMPTOR INVENITUR.»

¡Qué conformidad en todo! La Víctima de la Cruz liberta todas las víctimas, porque solo ella liberta al género humano.

Ella recibe, de este modo como ingeniosamente observa Tomasini, el homenaje, no solamente de sus adoradores, sino de sus propios enemigos; de aquellos, porque ofrecen esta Víctima santa; de estos, porque no ofrecen ya víctimas como antes, hallándose así como escomulgados por la humanidad.

Es un homenaje implícito, efectivamente, que los adversarios del Cristianismo, los judíos, los herejes, los filósofos, los incrédulos de todas clases, cuantos no doblan las rodillas delante de la Cruz, le rinden forzosamente ó sin saberlo, en el hecho de abstenerse de todos los demás sacrificios y de cesar la inmolacion de las víctimas que practicaban en otro tiempo, y que hubiesen continuado practicando á no ser por este entredicho ó prohibicion que la muerte de un Dios les impuso. Menospreciadores de JESUCRISTO, envueltos en vuestro desden contra la sencillez cristiana, sabed que debeis á esta Cruz el no inmolar por lo ménos un gallo á Esculapio, como Sócrates; ó como el viejo Plutarco, el no sacrificar al Amor, y disponer danzas en torno de su altar. La Cruz os ha librado de estas puerilidades vergonzosas, que encubrian costumbres más vergonzosas aun: ó más bien, os las prohibe, y absteniéndoos de ellas, rendís homenaje al Cristianismo *Christi enim et Ecclesiæ hostes hunc ejus sacrificii, vel inviti, vel inopini honorem habent, ut á sacrificiis ipsi abstineant* (1).

Tal es el sentido del carácter de *Sustitucion*, que no menos que el de *Espiacion*, ha sido creido y practicado por el género humano siempre y en todas partes, en la institucion universal del *sacrificio*, cuyo orígen y término no son otros que JESUCRISTO, simbólicamente anticipado, hasta venir El á perfeccionar todo sacrificio por medio de la unidad y suficiente realidad del suyo.

(1) THOMASSINI: *De Incar. Verbi*, lib. x cap. VII.

Mas si por lo espuesto y por todas las tradiciones que hemos indicado anteriormente, la humanidad antigua atestiguó á JESUCRISTO, esto no pudo impedir que ella se estraviara espantosamente, ni que aun en medio de este mismo estravío atestiguara tambien á su Salvador con un testimonio negativo de impotencia y de precision mas fuerte acaso que todos los demás testimonios.

A este nuevo aspecto, debemos ahora aplicar nuestra atencion.